

El amor es un tabú que no conoce reglas.

CREDENCE

PENELOPE
DOUGLAS

CROSS
BOOKS

CREDENCE

PENELOPE
DOUGLAS



CROSSBOOKS, 2025
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

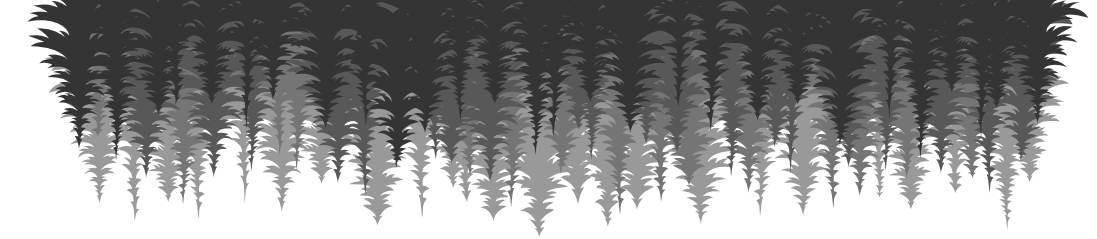
Título original: *Credence*
© del texto: Penelope Douglas LLC, 2020
Publicado de acuerdo con Dystel, Goderich & Bourret LLC a través
International Editors and Yañez' Co.

© de la traducción: Mariona Gastó, 2025
© Editorial Planeta S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: junio de 2025
ISBN: 978-84-08-30416-6
Depósito legal: B. 9.048-2025
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Capítulo uno

Tiernan

Es raro. El columpio de neumático del jardín es el único indicio de que en esta casa vive una niña. Nunca ha habido dibujos en ninguna parte; ni en las paredes ni en la nevera. Nada de libros para niños en las estanterías. Ni tampoco zapatos en la puerta de entrada o flotadores en la piscina.

Es la casa de una pareja, no de una familia.

Miro por la ventana. La brisa mece el columpio que cuelga del roble y jugueteo distraídamente con la suave cinta roja con la que me he atado el pelo.

Él siempre tenía tiempo para empujarla en el columpio, ¿o no? Siempre tenía tiempo para ella.

Y ella para él.

Se oyen los pitidos de los *walkie-talkies*, un ruido amortiguado detrás de mí, gente que baja las escaleras y portazos en el piso superior. La policía y los paramédicos andan muy ocupados arriba, pero estoy segura de que pronto querrán hablar conmigo.

Trago saliva sin pestañear.

Cuando puso ese columpio de neumático hace diez años, pensé que era para mí. Me dejaban jugar, pero quien realmente disfrutaba allí era mi madre. Solía quedarme hasta tarde mirándolos por la ventana de mi habitación; mi padre empujaba a mamá y la magia que desprendían al divertirse y reírse

tanto hacía que quisiera estar ahí con ellos. Pero sabía que, cuando me vieran, esa magia se transformaría. Desaparecería.

Así que me quedaba apoyada en la ventana y me limitaba a mirar.

Igual que ahora.

Me muerdo la comisura de los labios mientras veo cómo unas cuantas hojas verdes revolotean por delante del columpio y aterrizan dentro del neumático en el que mi madre se había sentado en innumerables ocasiones. Sigo teniendo grabada en la mente la vívida imagen de verla con su camisón blanco y aquella clara melena balanceándose en medio de la oscuridad mientras ella se columpiaba, porque la última vez que la vi así fue anoche.

Alguien se aclara la voz detrás de mí. Pestañeo y bajo la vista.

—¿Te dijeron algo? —me pregunta Mirai con la voz entrecortada.

Tardo un segundo en responder. Niego sutilmente con la cabeza sin girarme siquiera.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ellos?

No puedo contestar a su pregunta porque no estoy segura.

Siento que se acerca, pero se detiene a unos cuantos metros detrás de mí. La camilla rechina cuando la bajan de la primera ambulancia por las escaleras y la llevan hacia afuera.

Levanto la barbilla y me preparo para la hostil conmoción que me espera en el exterior mientras los paramédicos abren la puerta principal. Las llamadas y preguntas; las bocinas que no paran de sonar a medida que se va amontonando más gente en las puertas de la entrada del patio, desde donde los medios de comunicación pueden ver, sin duda alguna, el cuerpo que se están llevando.

«¿Cuándo fue la última vez que hablé con mis padres?».

—La policía ha encontrado algunos medicamentos en su baño —me informa Mirai dulcemente—. Estaban a nombre de tu padre, así que han llamado a su médico y les ha contado que tenía cáncer, Tiernan. —Permanezco inmóvil—. A mí nunca me dijeron nada —sigue—. ¿Tú sabías que estaba enfermo?

Vuelvo a negar con la cabeza sin apartar la vista del columpio.

Oigo que Mirai traga saliva.

—Se ve que intentó someterse a algunos tratamientos, pero el cáncer era agresivo —continúa—. El médico dijo que... Que no llegaría a finales de año, cielo.

Fuera, una ráfaga de viento agita el columpio y me quedo mirando cómo gira a medida que se enrosca la cuerda cada vez más.

—Parece ser que... tus padres... —La voz de Mirai se va apagando; es incapaz de acabar la frase.

«Ya lo sé». Lo sé desde esta mañana, cuando los he encontrado. Toulouse, el terrier escocés de mi madre, no paraba de rascar a su puerta para entrar en la habitación, así que se la he abierto yo. Me ha parecido extraño que aún no se hubieran despertado, pero he dejado entrar al perro de todos modos. Sin embargo, al levantar la vista antes de cerrar la puerta, los he visto.

En la cama. Abrazados el uno al otro. Vestidos.

Mi padre llevaba su traje favorito de Givenchy, y mi madre, el vestido de Óscar de la Renta que se puso en el Festival de Cannes de 2013.

Mi padre tenía cáncer.

Se estaba muriendo.

Lo sabían y mi madre no pensaba dejarlo marchar sin ella. Creía que si mi padre ya no estaba, no le quedaba nada más.

Nada.

Me escuecen los ojos, aunque esa sensación se esfuma enseguida.

—La policía no ha encontrado ninguna nota —dice Mirai—. ¿Por casualidad tú...?

Me giro y la miro a los ojos. Mirai enmudece enseguida. Menuda pregunta más tonta.

Aprieto la mandíbula y me trago el nudo que tengo en la garganta. Entre todas las niñeras que he tenido a lo largo de mi vida y todos los internados y campamentos de verano a los que me han mandado para que estuviera ocupada (y donde me han criado miles de personas, pero nunca mis padres), me

he convertido en alguien bastante inmune a todo lo que pudieran hacer. Y, aun así, parece ser que todavía hay cosas que me duelen.

No me dejaron ninguna nota. No tenían nada que decirme, ni siquiera en una situación como esta.

Pestaño para deshacerme las lágrimas y me doy la vuelta de nuevo. Intento centrarme otra vez en el columpio, que sigue enroscándose y meciéndose con el viento.

Oigo a Mirai sollozar silenciosamente detrás de mí. Lo sabe. Sabe cómo me siento porque lleva en esta casa toda la vida.

Al cabo de poco, la veo pasar por delante de la ventana. Ni siquiera me había dado cuenta de que había salido.

Va directa al columpio, tijeras en mano. Las levanta y las acerca a la cuerda. Aprieto los puños con fuerza bajo los brazos mientras me quedo mirando cómo empuña las tijeras una y otra vez hasta que el columpio se queda colgando de un hilo antes de desplomarse y caer al suelo.

Al final, se me cae una lágrima. Una sola. Y, por primera vez desde que llegué a casa a principios de verano, siento algo parecido al amor.



Horas más tarde, cuando el sol ya se ha puesto, me encuentro sola en casa, sumida en el silencio. Los periodistas siguen al otro lado de la verja.

Mirai quería que me quedara con ella en su diminuto estudio de una habitación. Estoy completamente segura de que mis padres le pagaban lo suficiente para vivir en cualquier otro sitio; no obstante, como se pasaba la vida aquí día y noche y acompañaba a mi madre en todos sus viajes, esa acabó siendo la opción más lógica antes que alquilar un piso o algo incluso más grande. Aun así, he rechazado su oferta amablemente.

Mirai se ha llevado a Toulouse (ese perro debe de verme como un gato, porque le caigo fatal) y me ha dicho que volvería a primera hora de la mañana.

Debería haber sido más amable, pero es que, cuando me ofreció que fuera con ella, yo solo quería que se marchara todo el mundo. Tanto ruido y atención me ponen nerviosa y no quiero tener que escuchar todas las llamadas que Mirai tendrá que hacer esta noche; eso no haría más que recordarme el caos que se está desatando ya en el mundo y en las redes sociales.

Están hablando de mis padres.

Están especulando sobre mí; seguro.

Les doy lástima. Hay quién se pregunta cuánto tardaré en seguir el mismo camino que mis padres y si será por una sobredosis o si me suicidaré directamente. Todo el mundo opina y todo el mundo cree que lo sabe todo. Y yo que pensaba que ya estaba en el punto de mira antes de que ocurriese esto...

Me acerco a los fogones y exhalo. Mis padres se han ido y me han dejado a mí aquí para que me ocupe de toda esta mierda.

La olla empieza a echar vapor; apago el fuego y vierto el ramen en un bol. Me humedezco los labios, que tengo secos, y me quedo mirando el caldo amarillento a la vez que me ruge el estómago. No he comido ni bebido nada en todo el día, pero tampoco estoy muy segura de que tuviera la intención de comerme esto cuando me he puesto a prepararlo. Es que siempre me ha gustado cocinar. Seguir la receta, seguir los pasos... Sé qué es lo que hay que hacer. Es relajante.

Envuelvo el bol con las manos y siento cómo el calor se extiende por la cerámica y me recorre los brazos. Se me ponen los pelos de punta. Cuando me decido a tragar un poco de caldo, me doy cuenta de que esa acción requiere más energía de la que tengo ahora mismo.

Están muertos y no he llorado. Me preocupa más lo que pase mañana y cómo voy a gestionar todo esto.

No sé qué hacer. Me sube la bilis a la garganta con solo pensar que tendré que entablar aunque sea una mínima conversación con directivos del cine o viejos amigos de mi madre y de mi padre en las próximas semanas mientras les doy sepultura y me ocupo de gestionar toda la herencia. Me entran náuseas. No puedo hacerlo.

No puedo hacerlo.

Sabían que no tengo lo que hay que tener para hacer frente a situaciones de este tipo. No puedo sonreír o fingir lo que no siento.

Saco unos palillos del cajón, los meto en el bol y me lo llevo arriba. Al acabar de subir las escaleras, me alejo de su habitación sin ni siquiera pararme un segundo y giro a la izquierda para ir a mi cuarto.

Voy hacia el escritorio y me detengo. El olor del ramen hace que se me remuevan las tripas. Dejo el bol en la mesa y me acerco a la pared; me apoyo en ella y me dejo caer lentamente hasta acabar sentada en el suelo. Al entrar en contacto con el parqué, se me relajan los músculos y me entran ganas de tumbarme y apoyar la cara allí mismo.

¿Es extraño que me haya quedado en casa esta noche cuando mis padres han muerto esta misma mañana en este mismo pasillo, a solo unos metros de mi habitación? El forense ha estimado la hora de la muerte alrededor de las dos de la madrugada. Yo no me he despertado hasta las seis.

La cabeza no me para de dar vueltas y me debato entre querer olvidarme de lo que ha pasado y querer procesar cómo se han desarrollado los hechos. Mirai viene cada día a casa. De no haberlos encontrado yo, lo habría hecho ella. ¿Por qué no se esperaron a la semana que viene, cuando yo ya hubiera vuelto a la escuela? ¿Se acordaban siquiera de que yo estaba en casa?

Echo la cabeza hacia atrás, me abrazo las piernas y cierro los ojos. Me escuecen.

No me dejaron ninguna nota.

Se vistieron para la ocasión. Dejaron al perro fuera. Le pidieron a Mirai que viniera más tarde esta mañana.

No me escribieron ninguna nota.

La puerta de su dormitorio, cerrada, acecha desde la otra punta del pasillo, frente a mí. Abro los ojos, desvío la vista hacia delante y miro a través de mi puerta hacia su cuarto.

En casa todo sigue igual.

No ha cambiado nada.

Pero entonces se oye un zumbido amortiguado en alguna

parte. Pestaño y una sensación de malestar me devuelve a la realidad. ¿Qué es?

«Pensaba que había apagado el móvil».

Los periodistas tienen que pedir una solicitud de comentarios a los representantes de mis padres y lo saben. Aunque eso no impide que los más ávidos (que son la mayoría) consigan hacerse con mi número.

Levanto el brazo y palpo la mesa en busca de mi teléfono, pero cuando voy a desbloquear la pantalla, veo que está apagado.

El zumbido continúa. Caigo en ello y el corazón me da un vuelco.

«Mi móvil privado». Ese que tengo enterrado en el cajón.

Las únicas personas que tenían ese número eran mis padres y Mirai. Estaba pensado solo por si había alguna emergencia, porque sabían que el otro lo apagaba muy a menudo.

Aun así, como nunca lo utilizaron, dejé de llevarlo encima.

Me arrodillo, abro el cajón del escritorio y desenchufo ese iPhone viejo. Vuelvo a sentarme en el suelo y miro la pantalla.

Colorado. No conozco a nadie que viva en Colorado.

Pero aquí nunca me llama nadie. Quizá sea un periodista que se las ha ingeniado para rastrear el móvil, aunque sería raro porque no está a mi nombre.

Respondo:

—¿Hola?

—¿Tiernan? —pregunta un hombre al otro lado de la línea.

Su voz es profunda, aunque se le nota un hilo de sorpresa, como si no esperara que fuera a contestar.

O como si estuviera nervioso.

—Soy Jake van der Berg —se presenta.

Jake van der Berg...

—Tu tío Jake van der Berg —aclara.

Y entonces me acuerdo.

—El hermano de...

—Tu padre —acaba la frase por mí—. Hermanastro, de hecho, pero sí.

Se me había olvidado completamente. En esta casa apenas

se mencionaba a Jake van der Berg. No crecí rodeada de ningún pariente, de modo que no recordaba en absoluto que tuviera un tío.

Mi madre se crio en familias de acogida temporal; nunca llegó a conocer a su padre y no tenía hermanos. Mi padre solo tenía un hermanastro más joven del que se había distanciado y al que yo nunca llegué a conocer. De pequeña, nunca tuve tías, tíos o primos, y los padres de mi padre estaban muertos, o sea, que yo tampoco tuve abuelos.

Que me llame después de diecisiete años solo puede deberse a una cosa.

—Eeh... —balbuceo mientras busco algo que decir—. La asistente de mi madre se encargará de organizar el funeral. Si quieres que te dé más detalles, yo no sé nada. Ahora te doy su número.

—No voy a ir al entierro.

Me quedo en silencio un segundo. Jake suena nervioso.

Y tampoco ha dicho que lamentara «mi pérdida», lo cual me parece más bien atípico. Que tampoco es que necesite que me lo diga, pero si no llama por nada de eso, ¿para qué se ha puesto en contacto conmigo? ¿Cree que mi padre lo mencionó en el testamento?

Sinceramente, puede que lo hiciera. A saber.

Pero antes de que pueda preguntarle qué quiere, carraspea.

—Tiernan, antes me ha llamado el abogado de tu padre —me informa—. Como soy tu único familiar en vida y todavía eres menor, parece ser que tus padres te han dejado bajo mi tutela.

¿Bajo su tutela?

«Parece ser». Es como si él tampoco estuviera al tanto de esto.

No necesito estar bajo la tutela de nadie.

—Sin embargo —continúa—, como cumples los dieciocho en un par de meses, tampoco te voy a obligar a que hagas nada. No te preocupes.

Vale. Me quedo pensativa un segundo. No tengo muy claro si me siento aliviada o no. No he tenido ni tiempo de asimi-

lar que todavía no soy una adulta con todas las de la ley ni todo lo que eso conlleva ahora que mis padres ya no están hasta que él me ha garantizado que da igual. Mi vida seguirá siendo la misma.

«Bien».

—Estoy seguro de que, habiendo tenido la vida que has tenido, habrás visto mucho más mundo que nosotros y te puedes cuidar perfectamente.

—¿Nosotros? —susurro.

—Mis hijos y yo —aclara—. Noah y Kaleb. Son un poco mayores que tú, pero no mucho; deben de sacarte algunos años.

O sea, que tengo primos. O... primastros.

Qué más da. Eso y nada viene a ser lo mismo. Jugueteo con el hilo azul cielo de los *shorts* del pijama.

—Solo te llamaba para contártelo —concluye—. Si quieres independizarte, yo no voy a ponerte ninguna pega. No tengo interés alguno en complicarte aún más la vida y cambiarte la rutina.

Me quedo mirando el hilo y lo sujeto con las uñas mientras me aprieto el pantalón. «Pues muy bien».

—Bueno... Gracias por llamar.

Me separo el teléfono de la oreja, pero entonces Jake vuelve a hablar:

—¿Quieres venir? —pregunta enfatizando bien la primera palabra, y yo me acerco el aparato otra vez—. No quiero que pienses que no eres bienvenida —se disculpa—. Puedes venir. Es solo que... —Se le apaga la voz, me quedo escuchando y él se ríe por lo bajo—. Vivimos más bien apartados del mundo. No es que sea un lugar demasiado divertido para una chica joven, sobre todo si la chica en cuestión no sabe ni quién narices soy, ¿me entiendes? —Adopta un tono más serio—. Tu padre y yo no... Nunca nos poníamos de acuerdo en nada.

Me quedo allí sentada, sin mediar palabra. Sé que lo más educado sería hablar con él. O quizá espera que le haga alguna pregunta, como por ejemplo qué les pasó a él y a mi padre o si conocía a mi madre.

Pero es que no quiero hablar. Me da igual.

—¿Te contó que vivíamos en Colorado? —pregunta en voz baja—. Vivimos cerca de Telluride, pero en las montañas. —Cojo aire y lo suelto mientras me enrolló el hilo del pantalón en el dedo—. Cuando hace buen tiempo y se puede conducir, no tardamos mucho en llegar al pueblo. En invierno, en cambio, cuando nieva, nos quedamos completamente aislados; a veces, durante meses. Es un estilo de vida muy distinto al tuyo.

Levanto la vista y paseo lentamente los ojos por mi yerma habitación, esa en la que no he dormido casi nunca. Estanterías repletas de libros que nunca he acabado de leer. Un escritorio donde descansan pilas y pilas de diarios personales preciosos que siempre compraba pero en los que nunca escribía. Pensé en decorarla un poco durante los periodos de vacaciones de la escuela, que es cuando venía a casa, pero siempre me pasaba lo mismo con todo: nunca compraba papel para la pared porque nunca me decidía por uno en concreto. No tengo imaginación.

«Mi estilo de vida... Ya...».

La puerta del cuarto de mis padres sigue allí delante, pesada, al final del pasillo.

«Cuando nieva, nos quedamos completamente aislados; a veces, durante meses», ha dicho.

—Nada de televisión por cable. No se oye nada en toda la casa. En ocasiones, no tenemos ni wifi —sigue—. Lo único que se oye es el viento, las cascadas y los truenos.

Hay algo que me cala hondo; no tengo muy claro si es lo que dice o su voz. «Lo único que se oye es el viento, las cascadas y los truenos».

En realidad, parece un lugar increíble. Suena todo bastante bien. Allí nadie puede encontrarte.

—Mis hijos están acostumbrados a vivir aislados, pero tú, en cambio... —Cojo otra vez el hilo y me lo enredo de nuevo en el dedo. «¿Pero yo...?»—. Vine aquí cuando era un poco mayor que tú. —Cavila y le oigo sonreír—. Tenía las manos suaves y un lío enorme en la cabeza. Casi no me sentía ni vivo.

Noto un nudo en la garganta y cierro los ojos.

—Currar de sol a sol tampoco está tan mal. —Suspira—.

Te permite trabajar mucho, encontrar consuelo y mantenerte ocupado. Hemos construido todo cuanto tenemos. Y vivimos bien.

Quizá eso es lo que necesito. Huir igual que hizo él a mi edad. Hacer algo completamente distinto. Ahora solo estoy cansada.

—¿Has vivido bien, tú? —pregunta casi susurrando.

Permanezco con los ojos cerrados. Me duelen los pulmones. He vivido genial. Tengo un armario a rebosar de ropa y bolsos de marca, algo que cualquiera espera de la hija de una estrella de la televisión. He estado en más de veinte países y puedo comprarme todo lo que me apetezca. Tengo una casa enorme. Mi nevera está llena hasta los topes. ¿Cuánta gente daría lo que fuera por vivir tan bien como yo? Soy muy afortunada.

—¿Quieres venir, Tiernan? —insiste.